



Hasta las peores costumbres más arraigadas pueden cambiar, cuando hay cariño, comprensión y perdón

Estamos acostumbrados a que **la equidad en el reparto de tareas domésticas** se exija casi siempre desde la indignación y la queja. Sin embargo, un anuncio indio de *Ariel* ha sabido plantearlo **desde el amor, el reconocimiento del otro, el deseo de cambiar, la petición de perdón**. Y, a juzgar por la entusiasta acogida en las redes sociales (**2.7 millones de descargas**, solo en la versión inglesa), está claro que la gente aprueba esta nueva forma de decirle cómo debe actuar: **a través de los valores, y a través de la empatía y el perdón**.

El anuncio muestra a una mujer casada que llega al hogar, con bolsas de la compra, mientras su hijo y el abuelo juegan con muñequitos. **Con gran intuición, y sin queja alguna**, pregunta de inmediato: “¿Has terminado los deberes?” Se acerca para abrazarle, y hace un nuevo descubrimiento: “¿Has vuelto a mancharte la camiseta!” Mientras entrega un papel al abuelo y atiende el teléfono que acaba de sonar, se dispone a lavar la prenda y a encender los fogones para la cena. Todo el desastre se arregla, gracias a la llegada de la madre... Es imposible ver esto sin sentir vergüenza por la dejadez de tantos hombres; **y, a la vez, sin sentir admiración por el amor de tantas mujeres, por su generosidad y entrega diarias, que hacen posible que**

las casas sigan siendo hogares y no cuarteles.

Por eso, el anuncio da un giro inesperado y muy positivo cuando empezamos a escuchar **la carta que el abuelo está escribiendo a su hija**. Mientras la vemos atareada -y, a la vez, resolutiva-, escuchamos unas **emotivas palabras de admiración y de perdón**:

*“Mi pequeña niña. Ya has crecido. Solías jugar a las casitas, y ahora llevas tu propia casa, y tu oficina. Estoy muy orgulloso, y te pido perdón. Perdón, porque tengas que hacerlo tú sola. **Perdón porque nunca te dije que no era sólo tu trabajo, sino también el de tu marido...**”.*

En un momento determinado, ella se acerca al abuelo y le arregla el cuello de la camisa. Ha sido un gesto casi instintivo, pero para él ha sido decisivo. Acaricia el pelo de su hija y le abraza con inmenso afecto. **Ella nota que su actitud ha cambiado...**

El final, es toda una lección de esperanza: de cómo hasta las peores costumbres más arraigadas **pueden cambiar, cuando hay cariño, comprensión y perdón.**

Alfonso Méndiz, en alfonsomendiz.blogspot.com.